

para defensa de los nuevos cristianos de estas regiones la orden militar de Cristo, á quien dieron igualmente el nombre de orden de la espada, porque traían sobre el manto una espada con una cruz. No se escapó cosa alguna á la vigilancia y solicitud del Papa Honorio. Exhortó á los sajones á tomar las armas contra los paganos de Livonia, y les concedió para esta guerra la indulgencia de la tierra santa. En cuanto á los de Prusia encargó al obispo de Breslau que examinase qué era mas conveniente, ó que el duque de Polonia egecutase el designio que tenia de marchar al oriente, ó que permaneciese en el pais para combatir á los idólatras. Apenas supo poco despues que los cristianos de estas regiones habian conseguido una insigne victoria, los exhortó á no mostrarse mas crueles y altivos con los vencidos, y á manifestarles una caridad que les facilitase el camino de la fe. Sirvióse el Señor de todos estos medios para la reduccion de la Livonia al yugo del cristianismo, y pronto se contaron en esta provincia multitud de iglesias, obispos y metropolitanos.

52. No estaba en oriente la Grecia en un pie mucho mas ventajoso que el reino de Jerusalem. Roberto, hijo del Emperador Pedro de Courtenai, sucedió á su padre el año de 1219 por renuncia de su hermano mayor Felipe, que prefirió su condado de Namur al imperio de Constantinopla. Dió márgen la indolencia del voluptuoso Emperador al establecimiento de dos nuevos imperios, además del de Nicéa; esto es, el de Trebisonda por David Comneno,

y el de Tesalia por Teodoro Angelo Comneno, que no debe confundirse con Teodoro Láscaris, fundador del imperio de Nicéa. Con esto Roberto se dejó estrechar de suerte, que tan solo reinaba en el territorio de Constantinopla. Ratificó un tratado concluido poco antes con el clero de Romanía, por el que se advierte que en la iglesia griega no se usaba la percepcion de diezmos. Esta es la razon de haber obligado á solos los latinos á pagar el diezmo entero, y á los griegos la treintena solamente durante diez años, con intento de acostumbrarlos insensiblemente á pagar la décima. Teodoro Láscaris se sostuvo no solo contra los latinos, mas tambien se opuso á las empresas de los turcos con tal felicidad, que le mereció la reputacion del militar mas hábil y el político mejor de su tiempo. De tal modo consolidó su poder, que no se alteró por su muerte, y pasó en el mismo estado á Juan Vatacio su yerno, que le sucedió el año 1222.

53. El Rey Felipe, á quien el monge Rigordo, historiador contemporáneo, llama Augusto en razon de sus conquistas, murió á los cuarenta y ocho años de su edad, y cuarenta y tres de su reinado, en el dia 14 de Julio del siguiente año (1). Durante el curso de su última enfermedad, que fue muy larga, redobló este gran Rey todas las pruebas religiosas que habia dado en mil ocasiones en la carrera dilatada de su reinado, y arregló su conciencia, é hizo un testamento donde luce el espíritu de fe y de peni-

(1) *Aig. p. 69. = G. Brito. p. 249.*

tencia que le dirigia. Da entre otros legados cincuenta mil libras, moneda de París, que equivalen á veinticinco mil marcos de plata, para reparar las culpas que pudiera haber hecho: diez mil libras á la Reina Isemburga, con respecto á lo que se produce en términos que no dejan la menor duda de los sentimientos cristianos que le animaban en su favor: seis mil libras al Rey de Jerusalem: cuatro mil al maestre del hospital de Tolosa: igual cantidad á los templarios ultramarinos; y á mas ciento cincuenta mil marcos de plata para socorrer á la tierra santa.

Tuvo por sucesor á su hijo Luis, octavo de este nombre, llamado Leon por su valor, á quien la imprudencia del Rey Juan de Inglaterra hizo tan formidable á sus pueblos. Llamado antes Luis á la corona de la Gran Bretaña por el cuerpo de la nobleza, como esposo de Blanca de Castilla, descendiente del Rey de Inglaterra Enrique II, entró felizmente con sus tropas, fue coronado en Londres, y derrotó al Rey Juan, indigno del trono en el concepto de sus vasallos, por habérselo usurpado á su sobrino Artus despues de asesinarle. Conoció Juan entonces la necesidad que tenia de reconciliarse con la santa Sede, y se hizo su vasallo; pero la bajeza de esta conducta no hizo mas que acrescentar el desprecio de sus súbditos, sin que la escomunion que despues se fulminó contra Luis fuera un óbice para los progresos de las armas francesas.

54. La muerte de Juan Sin-tierra, causada por el dolor de sus pérdidas el 19 de Octubre de 1216,

despues de haber recibido los sacramentos de la Iglesia, fue mas funesta al Príncipe Luis. Estinguió esta muerte el resentimiento de los ingleses, quienes le abandonaron entonces, y se declararon por Enrique III, hijo del Rey muerto, Príncipe jóven de solos nueve años, cuya inocencia le grangeó el afecto y ternura de todas las clases del reino. Volvió Luis á su regreso á Francia á emprender la guerra contra los albigenses, y sostuvo por do quiera la reputacion de valor que tenia adquirida.

Apenas se halló en el trono de Francia, le envió el Rey de Inglaterra á pedir la restitution de la Normandía. En respuesta hizo Luis publicar la confiscacion que el Rey su padre habia hecho, no solo de esta provincia, sino de todos los feudos de la corona de Francia que poseían los ingleses. Pasó al siguiente año el Loira, se apoderó del Poitou, del Aunes, del Lemosin, del Perigord, y conquistó en general cuanto restaba al Rey de Inglaterra hácia este lado del Garona. No le quedaba por someter sino á Burdeos y la Gascuña, cuando á ruegos del Papa y de muchos obispos volvió nuevamente sus armas contra los albigenses.

55. Cayó por fin á los reiterados esfuerzos de una secta tan pertináz el valeroso Simon de Monforte, tantas veces su vencedor, y con tanta frecuencia reducido á los últimos extremos por su indómita obstinacion. El viejo conde Raimundo de Tolosa, desposcido de sus estados, despues de vagar largo tiempo errante por Francia y España, cruzó en fin los

Pirineos, se aproximó á su capital, y halló medio en secreto de hacerse dueño de ella, sostenido por su sobrino el Rey de Aragon Jaime I. En vano intentó el Papa Honorio reducir á este jóven Príncipe á los sentimientos de un justo reconocimiento hácia la santa Sede, la que despues de la triste muerte del Rey su padre le habia sacado de las prisiones del conde de Monfort; ni fueron mas eficaces las amenazas que le hizo de susci.ar contra él las naciones estrangeras (1). Nada fue bastante á impedir al altivo aragonés el socorrer á los tolosanos hereges. Sin embargo, el intrépido Monfort despreciando todos los obstáculos y peligros, puso al punto sitio á Tolosa: mas al cabo de nueve meses de una ruinosa empresa, lejos de hallarse en estado de reducir la plaza, se sintió tan falto de fuerzas, como lo estaba de dinero y de todo auxilio. Para colmo de su dolor, el legado que habia en su ejército, segun el uso constante de estas guerras de religion, le trataba con injuriosa dureza, acusando á este hombre grande de inhábil, y casi de cobarde (2). Los sitiados por otra parte manifestaban una insolencia escesiva: al otro dia de San Juan, á tiempo que este héroe piadoso estaba en maitines, vinieron á anunciarle que los hereges se disponian á hacer una salida. Pidió sus armas, se revistió de ellas, y creyó tener aun tiempo para oír la misa. Ya estaba principiada, y oraba con particular fervor, cuando recibió el aviso de que atacaban á los que custodiaban las máquinas. Con-

(1) *Rain. lib. 1. ep. 692. 823.* (2) *Petr. hist. Alb. cap. 86.*

tinuando en su oracion, llegó otro correo que le dijo alterado: „apresuraos; los nuestros están muy cargados, y no podrán sostenerse mas. Tenga yo todavía el consuelo de adorar á mi Salvador, contestó de un modo que auguró algo de extraordinario.” Cuando elevaron la santa hostia, segun el uso establecido algunos años antes, recitó el cántico: *Nunc dimittis* puesto de rodillas y las manos elevadas al cielo; luego levantándose dijo vivamente: *vamos, ya es tiempo: muramos, si es necesario, por aquel que se dignó morir por nosotros.* No pudieron resistir los enemigos á su presencia, y fueron rechazados hasta sus murallas; pero en medio de una espesa nube de tiros fue herido de una pedrada y de cinco flechas. Dióse golpes de pechos, y encomendándose á Dios y á la Virgen cayó sin vida.

Amalrico su hijo primogénito y sucesor suyo, se vió obligado un mes despues á alzar el sitio de Tolosa. Los peregrinos habian desconcertado muchas veces los proyectos de Monfort con sus retiradas repentinas, y el hijo que no tenia igual grado de autoridad, ni igual ascendiente sobre los ánimos, se vió por esta causa abismado muy en breve en una multitud de obstáculos superables en su concepto tan solo por la energía de un poderoso Monarca. Hizo cesion á Luis VIII de todos sus derechos ó pretensiones sobre los estados del conde de Tolosa y de los otros albigenses; y luego se retiró al seno de la Francia, donde despues de la muerte de Mateo de Montmorenci, recibió en resarcimiento el cargo de con-

destable. Guido de Levi, singularmente distinguido por su valor en esta guerra de religion, obtuvo del mismo Amalrico el título de mariscal de la fe, que se ha perpetuado en su descendencia.

56. En un concilio nacional y en un parlamento, tenidos en París el 28 de Enero y el 20 de Marzo del año 1226, el legado romano, cardenal de San Angel, confirmó al Rey Luis la cesion de Amalrico de Monfort. El viérnes siguiente al concilio, esto es, el 30 de Enero, despues de haber deliberado el Rey con madurez, recibió la cruz de mano del cardenal legado, junto con casi todos los obispos y los barones del reino para ponerse en marcha contra los albigenses. A mas de la indulgencia plenaria y de la dispensa de toda especie de votos, fuera del de ir á Jerusalem, el legado con ascenso de muchos obispos, concedió al Rey por cinco años una suma anual de cien mil libras sobre la décima eclesiástica que el Papa habia impuesto.

El anciano conde de Tolosa habia muerto ya dando pruebas de un grande arrepentimiento, y su hijo Raimundo VII estaba en posesion de la parte mas florida de sus estados. Respecto á los hereges, observaba el mismo proceder, poco mas ó menos, que habia tenido su padre; esto es, mantenía con ellos relaciones sumamente sospechosas, al paso que evitaba seguir sus principios, y aun ser su fautor. En un concilio celebrado en Bourges en el año anterior, pidió con instancias al legado que le presidia que pasase á todas las ciudades de sus estados á informarse

de la fe de sus vasallos, prometiéndole hacer justicia contra todos aquellos que se hallasen culpables de heregia; y por esto el Rey de Inglaterra clamaba sin cesar diciendo, que era un abuso erigir en cruzada la guerra que el Rey de Francia queria hacer á un señor cristiano.

Despreció Luis estas voces que nacian menos de generosidad que política; esto es, del temor que tenia el Rey de Inglaterra, como tambien el Emperador y el Rey de Aragon de que el Monarca francés adquiriera el derecho soberano de conquista sobre los estados que el conde de Tolosa tenia en feudo de estos diferentes Príncipes. Dirigióse en el mes de Mayo de este año 1226 hácia el Ródano con un numeroso ejército. Precedíale el temor: los cónsules de las ciudades pertenecientes al conde de Tolosa, salieron al encuentro del Rey para entregarle sus fortalezas y darles rehenes. Aviñon que era la mas fuerte de estas plazas no dejó de someterse al punto; pero quiso despues poner condiciones que ofendian á la magestad del vencedor. Sitióla pues, y la obligó á rendirse al cabo de tres dias, en los cuales sufrió una mortandad horrible, destruyó las murallas, é hizo derribar trescientas casas que estaban guarnecidas de torres. Desde luego se adelantó por el Lngüedoc, donde todas las ciudades fuertes y castillos se rindieron hasta cuatro leguas de Tolosa.

57. Volvió triunfante á su capital al cabo de esta gloriosa campaña, con determinacion de volver en la primavera á dar fin á su empresa; pero acometió-

le en Monpensier de Auvernia una enfermedad mortal, que le arrebató en medio de esta luciente carrera un domingo 8 de Noviembre, cuando contaba solos treinta y nueve años. Realizáronse de este modo los temores de Felipe Augusto, cuando se esforzaba en moderar el celo de Luis, Príncipe verdaderamente virtuoso y admirable, sobre todo en sus costumbres; pero que consultó mas á los impulsos del fervor, que á las máximas de la prudencia. „A mi hijo, decia Felipe, solo le placen los consejos que le conducen á hacer la guerra á los enemigos de la Iglesia: él arruinará su salud en tales expediciones, y morirá quedando el reino de este modo en manos de una muger y de un niño.” Efectivamente, la corona pasó á un infante de once años, bajo la regencia de la Reina madre; mas por medio de la misma madre y del hijo parece quiso la Providencia preservar á la Francia de los riesgos á que la fe sobrado ardiente del padre la había espuesto.

58. Causó quizá un vacío mas grande en el mundo cristiano San Francisco, que murió en el mismo año que este Príncipe, en un estado muy diverso de la magestad real (1). No habia region donde no floreciese su órden de la manera establecida por él, sin fondos, sin rentas, y sin mas auxilio que el trabajo de los frailes y la caridad de los fieles: dos cosas que el santo fundador no quiso separar nunca de la mas laboriosa de las sociedades regulares. Tan sólo quiso adoptar aun la misma mendicidad á manera de un

(1) Vit. cap. 13. = Vading. ann. 1224.

suplemento del trabajo ó del salario que no fuese satisfecho. Despues de dos años que el Santo hubo recibido la impresion de las cinco llagas de nuestro Señor Jesucristo, segun la refiere San Buenaventura alegando muchísimos testigos oculares los mas virtuosos y calificados; despues de este favor extraordinario que ha llegado á ser tan famoso con el nombre de *Stigmata*, la salud de Francisco se debilitó cada dia, y sus enfermedades llegaron á tal grado, como tambien su paciencia, que sus discípulos creyeron ver en él otro Job. Antevió el tiempo de su muerte mucho antes que llegase; y aproximándose ya su postrer dia, declaró que saldria en breve de este valle de lágrimas, como el Señor se lo habia revelado. Mandó que le llevasen á su amada morada de la Porciúncula, á fin de dar el alma en el lugar donde habia recibido el espíritu de la gracia.

59. Entonces hizo su testamento como era de esperarse de un cristiano el mas pobre de espíritu y de efectos. Este no es mas que un compendio de los sentimientos de humildad y abnegacion que le caracterizaron desde que se entregó sin reserva al Señor. Quiere que sus discípulos se tengan siempre como los hombres mas ínfimos, conforme á su nombre de frailes menores: que la modestia y simplicidad de su alma resplandezcan en todo su exterior: que la pobreza se muestre en sus casas, hasta en sus iglesias, que deben ser bajas, reducidas y sin adornos esquisitos con pretesto de atraer á los pueblos: pues que, dice, cogerán mas fruto por la pobreza que los obligará á